

**Raíces de la narratividad**  
**Pregnancias, estereotipos y fantasmas**

*Jean- Jacques Vincensini*  
Universidad de Córcega

*Traducción de Dolores Cabrera*

**Marco histórico-epistemológico de estas observaciones**

Las observaciones siguientes se inscriben en un marco histórico y epistemológico relativamente preciso. Los cuatro bordes que lo ciñen permitirán señalar los objetivos esenciales de la reflexión.

Primer borde: el estructuralismo, tanto por sus avances científicos como por un entusiasmo pasajero —“la moda del estructuralismo”—, se ha impuesto como paradigma teórico de referencia en numerosas ciencias, particularmente en las relacionadas con la significación. El nacimiento de esta teoría está fundada en algunos principios básicos, sobre todo, como lo veremos, en el rechazo a tomar en cuenta el origen y la sustancia de las estructuras.

Segundo borde: la recuperación estructuralista de la teoría freudiana. Sería imprudente ignorarla en la medida en que está implicada en grandes aspectos de nuestras investigaciones, en particular, las conversiones formales y “subjetivas” que regulan la transformación de lo paradigmático en sintagmático, así como la cuestión de los fantasmas, esta realidad del psiquismo.

Tercer borde de este marco: en numerosos dominios, tan variados como la semiótica narrativa y plástica, la teoría de los mitos y de los estereotipos, la psico-semiótica, los enfoques cognitivos del lenguaje y de la percepción toman en cuenta, en lo sucesivo, las adquisiciones innovadoras que modifican más o menos profundamente, los fundamentos y los horizontes del estructuralismo. *Grosso modo*, estas nuevas orientaciones se basan en los modelos dinámicos de organización y de estructuración morfológicas y en ciertos enfoques cognitivos naturalistas, y es precisamente en el esfuerzo por construir estos modelos dinámicos y por captar la formación de las estructuras a partir de una dinámica continua<sup>1</sup> que la noción de pregnancia encuentra su sitio.

El cuarto borde estará marcado por dos formaciones discursivas que ilustran estas cuestiones: los “estereotipos antropológicos” y los fantasmas.

### 1. Primer borde. La semiótica greimasiana y sus rechazos

Por definición, la semiótica de Greimas está marcada por sus orígenes epistemológicos. *Semántica estructural* está inspirada por la lingüística estructural, y sobre todo, como sabemos, por la de Louis Hjelmslev. En su libro, Greimas afirma, sin ambigüedad, la necesidad de “postular la existencia de las condiciones lingüísticas del conocimiento del mundo y, por consiguiente, examinar la posibilidad de una epistemología lingüística.”<sup>2</sup> Sin embargo, influenciado por Tesnière, Dumézil, Sauriau (*Les 200 000 situations dramatiques*), Propp, Freud y Lévi-Strauss, Greimas demostró que las pasiones, la acción y los sueños dinamizan las estructuras semio-narrativas. La originalidad teórica del proyec-

<sup>1</sup> Ver L. Scubla, “Vers une anthropologie morfogénétique”, *Le Débat*, 77, 1993, pp. 102-120, p. 120.

<sup>2</sup> *Sémantique structurale*. Paris, Larousse, (Langue et Langage), 1966, p. 133. [*Semántica estructural. Investigación metodológica*. Madrid, Gredos, 1973, p. 203.].

to greimasiano puede, entonces, concebirse como la elaboración de las etapas que permiten “pasar” (1) de una semántica lexical a (2) una semántica discursiva y narrativa, a la vez, pragmática (hecho narrativo) y pasional (estados narrativos), (3) en sí misma, fundada en una semántica profunda.

En este sentido, unas palabras serán útiles para aclarar lo que sigue. Para Greimas, los contenidos semánticos profundos son los valores que fecundan los objetos que los sujetos desean alcanzar. Estos valores profundos están estructurados por operaciones lógicas, estrictamente definidas (sobre el modelo fonológico), estructura elemental que lleva el nombre de “cuadrado semiótico”. Éste juega el papel de semiótica fundamental, la cual permite una “captación acróica [...] sobre el modo estático<sup>3</sup> de la significación”. Pero, ya en este nivel, los procesos de la narración están animados por sujetos que actúan y que perciben. A fin de tomar en cuenta este aspecto dinámico, Greimas ha despejado las operaciones sintácticas que activan, entonces, sobre el cuadrado, las construcciones o las relaciones estructurales: la significación es (p. 164) “susceptible de una representación dinámica desde el momento en que se la considera como una captación o como la producción del sentido por el sujeto.” Evidentemente —toda cuestión está ahí— podemos preguntarnos si los semas, así introducidos en la estructura profunda son de la misma naturaleza que aquellos que se localizan en los contenidos manifiestos del relato. De cualquier manera, esta es la herencia “antropo-narratológica”, y a la vez, estrictamente estructuralista, la que, efectivamente, ha permitido abrir un nuevo espacio racional de comprensión. Esto se basa en elecciones que comprometen la teoría y sus modelos descriptivos.

Fiel a su herencia lingüística y estructural, Greimas no considera al lenguaje y a los discursos como sistemas de signos, sino

<sup>3</sup> *Du sens. Essais sémiotique*. Paris, Seuil, (Poéthique), 1970, p. 163. [*En torno al sentido. Ensayos semióticos*. Madrid, Fragua, (Lingüística, Epistemología y Semiótica), 1973].

como conjuntos de estructuras elementales de significación. Es así que en la “Entrevista [de Frédéric Nef] con A. J. Greimas sobre las estructuras elementales de la significación”, publicada en 1976 en una obra que lleva el mismo nombre, Greimas sostiene con insistencia su fidelidad al:

concepto fundador de *estructura*, pero también [a] la necesidad de liberarse de la problemática del *signo*, principal obstáculo, hoy, de todo progreso teórico.<sup>4</sup>

Notemos, al pasar, un interés particular señalado por esta posición. Ésta aporta, en efecto, en germen, el rechazo de todo “monocódigo” simbólico, es decir, el rechazo de atribuir a un código único, que tendría una pregnancia específica, el privilegio de ser él solo, la fuente temática, si se quiere, de las dinámicas generadoras de formas. Por supuesto, pensamos en el código sexual freudiano o en la “violencia” girardiana.

No obstante, el recurso a la estructura (elemental) impone el respeto de ciertas condiciones. Particularmente, es necesario que los términos estructurales “considerados como posiciones [...] sean interdefinidos de manera exhaustiva.” (p. 19). Esta preocupación tiende a evitar el riesgo que el semiotista parece temer por sobre todo, que el empleo de la noción de estructura distintiva no “se agote en contemplaciones metafísicas de la diferencia.” (*ibid.*). Detengámonos un instante en este miedo mayor de la “metafísica”. Conforme a la epistemología que la funda, la semiótica sostiene la idea de que el sentido no es un fenómeno sensible. Inaccesible en tanto tal, se identifica con el aparato procesual y formal que lo construye. De hecho, no es más que una forma. *En torno al sentido* lo dice en estos términos: “la producción del sentido es [...] en sí misma, una puesta en forma significativa, indiferente a los contenidos a transformar.”<sup>5</sup> A los

<sup>4</sup> Sous la dir. de F. Nef. Paris, éd. Complexe, 1976, pp. 18-19.

<sup>5</sup> 1970, *op. cit.*, p. 15. [p. 12].

lados de una semántica interpretativa, el autor de *Semántica estructural* afirma, entonces, el derecho a la existencia de una semiótica formal que no trataría más que de dar cuenta de las articulaciones de los contenidos, cualesquiera que éstos sean. En consecuencia, la “realidad” o la sustancia original de los fenómenos que las estructuras articulan no pueden ser más que los resultados de esta producción. Es claro, es en este marco que la sustancia encuentra su sitio muy particular. Lejos de ser una realidad extralingüística, psíquica o física opuesta a una forma de la cual sería independiente, la sustancia es el efecto *a posteriori* de una puesta en forma —ejemplo estándar, el eje semántico de los colores— que no puede ser captada de otra manera más que con la ayuda de una lexicalización. En otras palabras, la sustancia es “la manifestación lingüística del contenido”,<sup>6</sup> equivalente a los efectos de sentido. Afirmar lo contrario, hipostasiar la sustancia como real arruinaría la autonomía de los hechos de lengua y de discurso. Reencontramos los grandes miedos del semiotista. La teoría caería en el estetismo, la ontología o la metafísica, y perdería, al mismo tiempo, su soberanía. Esto sería, sostiene Greimas citando a Hjelmslev,<sup>7</sup> fijarse “objetivos trascendentales” y quedar bajo la influencia de una lingüística impregnada de estética y de metafísica.<sup>8</sup>

Estos principios han sido el precio a pagar para distinguir la semiótica naciente y triunfante de las disciplinas-primas, para asegurar, en otras palabras, su necesaria autonomía. La pregunta es, entonces, la siguiente: ¿debemos continuar pagando este precio?

Entre las disciplinas lingüísticas, lo sabemos, es la fonología la que ha proporcionado los modelos más elaborados de la cons-

<sup>6</sup> 1966, *op. cit.*, p. 26. [1973, *op. cit.*, p. 40.].

<sup>7</sup> *Loc. cit.*

<sup>8</sup> El lingüista danés ha dedicado el capítulo V de sus *Prolegómenos* a esta cuestión (“Teoría lingüística y realidad”). [L. Hjelmslev, *Prolegómenos a una teoría del lenguaje*. “Teoría lingüística y realidad”, Madrid, Gredos, 1980.].

trucción de la semántica profunda de los relatos. Ahora bien, recurrir al principio diferencial fonológico para comprender la conversión de lo paradigmático en sintagmático no es evidente y ha suscitado numerosas críticas —la acusación de espejismo lingüístico que, según Thomas Pavel,<sup>9</sup> pesa sobre numerosas disciplinas estructuralistas es un ejemplo pertinente, aunque muy parcial. Entre las causas de la confusión que Pavel denuncia, también señala el rechazo radical de estos trabajos de interesarse en la substancia de lo “material”. Este gesto le ha hecho hipostasiar una visión formalista, lógico-combinatoria, de las estructuras. Esto es lo que Pavel llama —con severidad, parece— “la evacuación del sentido” en los análisis de la significación de inspiración estructuralista.

Es innegable que numerosos problemas se planteen en una teoría que, a la vez, se quiere ver formal en la dimensión antropológica y no-ontológica. Cómo esquivar el callejón sin salida del nominalismo del que Greimas tenía bastante conciencia:

quelquier metalenguaje que podamos imaginar, para tratar del sentido, no solamente será en sí mismo un lenguaje con sentido, sino también un lenguaje sustantivador: su dinamismo sémico quedará fatalmente aprisionado en las mallas de una taxonomía conceptual estática.<sup>10</sup>

Aquello que vuelve a plantear una segunda pregunta, base de la primera: ¿la exclusión de la ontología es simplemente posible? P. A. Brandt dedicó un artículo a esta cuestión. Su respuesta es definitiva:

Toda disciplina de conocimiento desarrolla, al mismo tiempo, una ontología y una metodología [...]. La ontología es aquí, aquella que protege contra el nominalismo de sus modelos. [...] En la práctica, una definición axiomática reenvía a un conjunto de indefinibles, los cuales no pueden más que reenviar a las intuiciones ontológicas.<sup>11</sup>

<sup>9</sup> *Le Mirage linguistique*, Paris, éd. de Minuit, 1988.

<sup>10</sup> 1970, *op. cit.*, p. 8. [p. 3].

<sup>11</sup> En “Sens et Ontologie: le Temps Élémentaire”, *Sémiotiques*, 2, 1992, pp. 67-74, pp. 67-68.

Este presupuesto atraviesa no solamente la epistemología lingüística, sino la de los sistemas simbólicos y, según la observación siguiente, la ciencia moderna en su conjunto:

Del siglo XVIII al XX, varias veces ha sucedido que estudiamos los fenómenos sin formar hipótesis sobre la naturaleza de los objetos [...]. Podemos apoyarnos en eso, ya sea para considerar la ontología como no-pertinente a la explicación o para afirmar que explicar equivale a describir matemáticamente (la inteligibilidad reside en las ecuaciones).<sup>12</sup>

Entonces, es legítimo afirmar, como lo hace P. A. Brandt, que el punto de vista anti-ontológico y meta-lingüístico no puede desembocar más que en un “nominalismo metodológico”.<sup>13</sup> Evidentemente, es un callejón sin salida que las proposiciones futuras deberán evitar.

## 2. Segundo borde. La sofística del significante

Todos aquellos que se interesan en las dinámicas intencionales, en la vocación estructurante de las performances de los sujetos, en la conversión de lo paradigmático en sintagmático o en los fantasmas como fuente eventual de aquellos famosos contenidos profundos, han cruzado, naturalmente, otro camino. Hablaremos de esto a partir de su uso en el campo de la crítica literaria. Se trata de una concepción que defiende la “negatividad” del sentido. Sus raíces se sumergen en una concepción “poética”, hiper-subjetiva e irracional de la literatura, la cual podemos calificar de “sofística” con todo derecho.

Para percibir sus presupuestos, observaré, a título de ejemplo, el esclarecedor artículo “El anzuelo. A propósito del *Sofista*: lo

<sup>12</sup> J. Largeault, *Principes de philosophie réaliste*, Paris, Klincksieck, *Philosophia*, 10, 1985, p. 7.

<sup>13</sup> 1992, art. cit., p. 69.

mimético y la pesca con caña.”<sup>14</sup> No es muy sorprendente leer ahí, bajo la pluma de Charles Méla, este recuerdo de aquello que hace la celebridad del sofista Gorgias: su “relativismo generalizado” (p. 37), según el cual, él negaba que cualquier cosa fuera y, en el caso contrario, negaba que se pudiera decir o conocer cualquier cosa que fuera. Esta apología de la no-certeza radical lleva a los partidarios de esta tesis a subrayar, tras los pasos de Lacan y de Miller, que “hay un mentir inaugural de todo discurso, y el sofista viene a encarnarlo.”<sup>15</sup> Esta posición, abiertamente reivindicada entonces, se apoya en algunos principios —compartidos por el sofista, el psicoanalista y por ciertas críticas literarias— que voy a enumerar rápidamente.

En principio, la valorización del sujeto considerado éste, desde luego, no como sujeto de la conciencia sino como sujeto deseante y subvertido, matriz profunda de la obra literaria. En consecuencia, la valorización de la cuestión de la fuente de la “creación poética”, el sujeto, colocado, en efecto, como su origen. El rechazo de procedimientos interpretativos cuyas reglas estarían predeterminadas. La convicción de que la razón singular de la literatura es el genio de la *letra*, verdadera fuerza generadora de los relatos o, más aún, la observación es importante si se tienen en cuenta las consecuencias que entraña: una cierta visión de la *letra*. Concebida ésta como un juego de posibilidades significantes del lenguaje, llevaría sin cesar la lectura hacia una significación por siempre indefinible o diferida. De ahí estas inevitables argumentaciones: el carácter no descifrable de la *letra*, su destinación destructiva y negativa, la idea de que la lengua de la novela es “equivoca”, “fundada en el interés de la ambigüedad”, que el lector “se arriesga, siempre, a olvidar el juego perverso de la escri-

<sup>14</sup> *L'orgueil de la littérature. Autour de Roger Dragonetti*, Droz, 1999. pp. 37-45.

<sup>15</sup> R. Dragonetti, *La vie de La Lettre au Moyen Âge*, Le Conte du Graal, Paris, Seuil, Connexions du champ freudien, 1980, p. 37.

tura”, sus “ardides”.<sup>16</sup> La captación del sentido no puede hacerse más que considerando “la obra en sí misma como proveedora de las modalidades de su lectura”, fuente singular de su propia enseñanza: esta es la tesis de la reflexividad de la literatura. En resumen, la reflexividad de la literatura señala la imposibilidad (siempre esta fascinación de la negatividad) en la cual se encuentran, a la vez, el lenguaje y la razón humana de acercarse al origen de la verdad.

Para avanzar hacia los márgenes más positivos, en principio, buscaremos alejarnos de los sofistas. En *Si Parménide. Le traité anonyme*, de Gorgia Melisso Xenophane, Barbara Cassin<sup>17</sup> ha mostrado claramente que el discurso sofista, en su totalidad, dedicado a la “explotación de un equívoco” (p. 61) se interesa esencialmente en uno de ellos, el “equívoco del significante” (p. 77 y ss). Precisando que “la práctica sofista introduce en el dominio de la identidad sonora: aquello del significante” (p. 79), Cassin no tiene mucha dificultad en mostrar que el equívoco depende de que “la identidad del significante supondría la identidad del sentido.” Y es ahí donde hay un obstáculo. Esta identificación —fictiva— es la raíz de numerosos “sofismas” famosos que, agrega ella, “funcionan gracias a la destrucción de la complejidad del signo en la única dimensión de la identidad significativa, en aquello que podríamos llamar una reducción a la superficie” (p. 79).

Tomando en cuenta nuestro interés por el “borde” meta-psicológico, entonces, naturalmente, somos conducidos a preguntarnos, como lo ha hecho Jean Petitot en “Psychanalyse et logique: plaidoyer pour l'impossible”,<sup>18</sup> bajo qué condiciones sería posible construir “una teoría rigurosa [del inconsciente] que evitara las manipulaciones resultantes de esta concepción sofisticada de la desalienación y de la significación.”<sup>19</sup> El autor del

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 35-38-47.

<sup>17</sup> Ed. Critique et commentaires, *Cahiers de Philologie*, vol. 4, 1980.

<sup>18</sup> *Le Lien social, Confrontation*. Paris, René Major, Coll. Vert et Noir, 1981, pp. 171-234.

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 172.

artículo precisaba su punto de vista en los términos que interesan a nuestro propósito. Evocando las consecuencias nefastas del “conflicto y [de] la complicidad del momento empírico-descriptivo y del momento dogmático”, Petitot agrega:

Este mecanismo es particularmente preciso para la categoría del significativo. Su uso ha permitido al psicoanálisis romper con el psico-biologismo freudiano [...]. Pero no habría sido legítimo más que en la medida de una auténtica “lógica” [...]. Como este proceso ha hecho caer en el error, el empleo de la categoría de significativo se ha vuelto incondicionado y degeneró en un uso sofisticado. De lo cual surge un tercer momento didáctico, el de la sofisticada significativa.

### 3. Tercer borde. Objetividad estructural, difusión de las pregnancias y génesis de las estructuras

Ahora, nosotros percibimos mejor las pistas a seguir. Conviene, en primer lugar, convencerse de la insuficiencia de la descripción y, en consecuencia, buscar las explicaciones que descansan necesariamente sobre las estructuras formalmente descritas, las cuales permiten captar la “razón de los fenómenos.”<sup>20</sup> Pero, a diferencia de Greimas y de las posiciones que él defiende, rechazaremos —segunda exigencia— la determinación del positivismo y del empirismo lógico de suprimir la cuestión ontológica de la teoría del conocimiento. Buscaremos más bien, una explicación racional para la cual, la teorización de los fenómenos debe

<sup>20</sup> Explicar al descubrir “detrás de las cosas, una unidad y una coherencia que no puede revelar la simple descripción de los hechos. (...) La explicación debe siempre tener por finalidad: mostrar las invariantes a través de la variedad. (...) Es necesario, entonces, captar (...) la razón de los fenómenos.” C. Lévi-Strauss, *Le regard éloigné*, “Les leçons de la linguistique”. Paris, Plon, 1983, pp. 191-201, p. 192. [*Mirando a lo lejos*, “Las Lecciones de la Lingüística”. Bs. As. Argentina, Emecé editores, 1986, pp. 179-188, pp. 180-181.].

estar “de acuerdo con *las cosas mismas...*”<sup>21</sup> En resumen, tanto el lado semiótico como el lado metapsicológico,<sup>22</sup> se trataría de llenar la falta de constitución de la objetividad.

Este tercer requerimiento, el de la constitución de la objetividad, amerita que nos detengamos en ello. Para la física, siendo el dato inicial algo diverso y extraordinariamente heterogéneo, se lo debe reducir a los primitivos matemáticos del espacio, del tiempo y del movimiento. Para los fenómenos que nos conciernen, los seres organizados, el lenguaje y lo simbólico, la pregunta es totalmente otra. ¿Cómo efectuar esta reducción de la diversidad natural y de lo “simbólico” a unos primitivos matemáticos que serían a esos órdenes, lo que son el espacio y el tiempo y el movimiento al orden físico? Durante mucho tiempo, este proyecto, juzgado como totalmente quimérico, ni siquiera se ha puesto en marcha. Los orígenes filosóficos de este obstáculo son profundos. El “debate” (implícito) entre Goethe y Kant ofrece una ilustración ejemplar. Para alcanzar su objetivo, la comprensión de la metamorfosis de las plantas, Goethe debió “dejar atrás” a Kant, quien juzgaba absurda la idea de que una descripción mecanicista de los procesos vivientes fuera posible:

Es, en efecto, completamente seguro que no podemos ni siquiera conocer suficientemente, y mucho menos explicar los seres organizados y su posibilidad interna según principios meramente mecánicos de la naturaleza. Y es esto, por cierto, tan seguro que se puede con audacia decir que es absurdo para los hombres tan sólo el concebir o esperar el

<sup>21</sup> J. Petitot, *Morphogenèse du Sens. Pour un schématisme de la structure*. Paris, PUF, Formes sémiotiques, 1985, p. 26.

<sup>22</sup> “Como toda teoría, la teoría lacaniana ha reducido su diversidad, pero no lo hizo hasta acercarse la constitución de una objetividad para la metapsicología. Ésta lo hizo hasta identificar la búsqueda de la variedad en la histerización de la falta del Sujeto.” 1981, *op. cit.*, p. 192. De este lado, particularmente, escogemos la “legalidad positiva de las ciencias” contra “la legalidad negativa” de la teoría del significante.

caso de que pueda levantarse una vez algún otro Newton que haga concebible aún sólo la producción de una brizna de hierba según leyes de la naturaleza no ordenadas por una intención.<sup>23</sup>

Comprendemos, entonces, la posición del fiel kantiano que es Claude Lévi-Strauss. Por un lado, él desea separar la interpretación de los hechos sociales de todo naturalismo [y así luchar] contra la sociobiología<sup>24</sup> “animada por un espíritu primario y simplista”, pero por otro lado, no se pueden seccionar los vínculos de dependencia entre el espíritu y las coerciones de la realidad:

No podemos perder de vista que si nosotros otorgamos la menor creencia a nuestra capacidad de conocer cualquier cosa del mundo (si no, no podemos decir nada) sabemos que el hombre es parte de la vida, la vida de la naturaleza y la naturaleza del cosmos. De ahí mi aseveración de que las ciencias del hombre tienen como último objetivo ‘reintegrar la cultura en la naturaleza y, finalmente, la vida en el conjunto de sus condiciones físico-químicas’...<sup>25</sup>

Prosigamos para responder a la cuestión de la constitución que nos ha detenido: en algunas condiciones, podemos defender la hipótesis de un realismo de los universales semio-lingüísticos, hipótesis según la cual estos universales podrían reflejar la estructura objetiva del mundo exterior y sus *a priori* sintéticos, particularmente lo espacio-temporal. En adelante, la respuesta post-kantiana, muchas veces presentada por Jean Petitot, proviene de los progresos espectaculares de los modelos psico-matemáticos y de su aptitud para modelizar las morfologías naturales:

<sup>23</sup> *Critique de la Faculté de Juger*. Trad. A. Philonenko, Paris, Libr. J. Vrin, § 75, 1989, pp. 214-215. [*Crítica del juicio*. México, Porrúa, (“Sepan cuantos...” Núm. 246), 1973, pp. 167-400, § 75, p. 340.

<sup>24</sup> *De près et de loin*, Paris, éd. O. Jacob, 1988, p. 149.

<sup>25</sup> “Retours en arrière”, *Les temps modernes*, 598, mars-avril 1988, pp. 66-77, p. 70.

En cuanto a las morfologías naturales, existe algo de esto en los modelos psico-matemáticos. Unas teorías [...] explican cómo, sobre la base de procesos de interacción y de comportamiento colectivos coordinados [...] se sitúan en una escala intermedia [...], unidades de menor escala que se pueden organizar en estructuras emergentes de mayor escala [...]. Esto permite comprender el origen de la *fenomenalización* de la realidad física en estructuras cualitativas del mundo.

La posibilidad de modelizar de manera fisicalista la *complejidad* de los sistemas naturales permite *extender las ciencias naturales a los fenómenos cognitivos y sociales*.<sup>26</sup>

Entre las teorías eficaces y los modelos disponibles en adelante para volver inteligibles estos fenómenos cognitivos, en el rango de los cuales hay que considerar los universales semióticos, se debe poner en primer plano, la teoría de las catástrofes (TC) y de las bifurcaciones de atractores de sistemas dinámicos. La TC se revela, en efecto, adecuada para la matematización (esencialmente, gracias a la aplicación de los conceptos geométrico-topológicos) de los fenómenos estructurales, en particular para las estructuras semio-narrativas. No nos detendremos en esto, los detalles técnicos que comprueban esta adecuación son desarrollados en los textos de Jean Petitot, “Sémiotique et théorie des catastrophes” (el cual apareció en las *Actes sémiotiques*<sup>27</sup>) y *Physique du Sens*. Digamos simplemente que esta aplicación descansa sobre el postulado, según el cual, una determinación (sema o actante) ocupa ahí un mínimo de potencial. Las relaciones sujetos/objetos de valor, y entonces las conversiones de las morfologías semánticas en relaciones actanciales sintácticas, son así reguladas “en el marco de una topología dinámica de desplie-

<sup>26</sup> J. Petitot, “La généalogie morphologique du structuralisme”, *Critique*, “Claude Lévi-Strauss”, pp. 92-122, p. 115; las cursivas son nuestras. El proceso conduce a esta evidente conclusión: “Las ciencias estructurales serán ciencias naturales o no serán.” *Ibid.*, p. 120.

<sup>27</sup> “Théorie des catastrophes et structures sémio-narratives”, V, 47-48, 1983, pp. 7-37, p. 24.

gues"<sup>28</sup> (objetivo y subjetivo, según la energía propia de la determinación en cuestión).

Esto no es todo, pues otra necesidad debe ser considerada para comprender las relaciones narrativas "que apuntan" a objetos por parte de sujetos y, así, acceder a las raíces de la narratividad. Ésta consiste en dar cuenta

de la intencionalidad que gobierna los programas narrativos de realización de los valores por sujetos semióticamente definidos como sujetos de falta, como sujetos de búsqueda y como sujetos de deseo. La cuestión se vuelve entonces, saber en qué medida el esquematismo catastrofista puede desarrollarse en una dinámica intencional.<sup>29</sup>

Este conocimiento se vuelve posible por la teoría de la deprecación y de la pregnancia propia de René Thom. En el animal,<sup>30</sup> las pregnancias —formas sobresalientes biológicamente significantes— son poco numerosas. Dependen de la significación que una *Gestalt* puede tener para un sujeto. Esta Gestalt desencadena programas de reconocimiento, fuente de reacciones (nerviosas y hormonales) de gran amplitud. Pensamos, por supuesto, en la relación presa/depredador, verdadera "catástrofe" actancial.

En el hombre, la idea "de una pregnancia biológica que se infiltra como un fluido erosivo en el campo fenomenal de las formas vividas"<sup>31</sup> no pierde su validez. En efecto, existen pregnancias sensoriales, equivalentes a aquellas que conoce el animal (la luz, por ejemplo) y una pregnancia biológica (ligada al

<sup>28</sup> *Physique du Sens. De la théorie des singularités aux structures sémi-narratives*, 1992, pp. 330 sv.

<sup>29</sup> *Actes V*, 1983, art. cit., pp. 31-32. Ver también de J. Petitot, *Morphogenèse du Sens*, 1985, *op. cit.*, p. 219-220.

<sup>30</sup> Ver *Modèles mathématiques de la morphogenèse*, Paris, Christian Bourgois éditeur, 1980, pp. 274 sv.

<sup>31</sup> R. Thom, "L'espace et les signes", *Semiotica*, 29 1/2, 1980, pp. 193-208, p. 202.

alimento y a la sexualidad, particularmente) todavía poderosa. Como fuente resplandeciente de pregnancia, el objeto es susceptible de efectos diversos sobre el sujeto. La atracción del alimento es una ilustración, pero igualmente, ciertos estados patológicos de la vida mental, el amor-pasión o más generalmente, como lo afirma Jean Petitot en *Physique du Sens*, el imaginario, en una frase que conduce directamente al objetivo que queríamos alcanzar:

Las pregnancias biológicas regulatorias subsisten en el psiquismo humano, desde luego, no en el nivel del lenguaje, sino en aquél —narrativo y global— del imaginario. En respuesta a la operación de represión, aquellas operan en el imaginario como pulsiones.<sup>32</sup>

¿Cómo se efectúa la conexión de estos residuos pregnantes y pulsionales sobre los despliegues narrativos? Su sitio original se encuentra en la regulación de las grandes catástrofes vitales (sexuales, nutricionales, conflictuales, etc.). Este origen particularmente "profundo", les otorga innegablemente la dignidad de "raíces de la narratividad". Y si las redes semi-narrativas tienen la aptitud de exponer estas pregnancias de tipo "pulsional", es que los valores que las manifiestan y las controlan, fuertemente axiologizadas y tímicamente investidas, son precisamente los valores constitutivos de códigos "inconscientes" y tomados a cargo por las dinámicas actanciales. En otras palabras, veremos en los semas del nivel figurativo y los valores narrativos (inscritos en los objetos buscados) representantes o "símbolos" de estos contenidos de otro orden, valores pregnantes, orígenes de los universales narrativos. En esta perspectiva, comprendemos mejor, quizás, la afirmación siguiente:

<sup>32</sup> 1992, *op. cit.*, p. 319. Para la cuestión de la "definición estructural de la intencionalidad" y la dificultad de introducir la cuestión de las pregnancias en semiótica, ver J. Petitot, *Physique du sens*, 1992, *op. cit.*, p. 321-322 y p. 373.

la semántica implica un imaginario de naturaleza metapsicológica, un imaginario del cuerpo cuyo contenido es regulatorio y pulsional, afectivo, en suma tímico. Es un imaginario organizado por pregnancias.<sup>33</sup>

Esta afirmación guía hacia la siguiente definición del “deseo”:

Si entonces, la intencionalidad está bien controlada por pregnancias, su objeto se encuentra, sin embargo, “desprogramado” por la localización figurativa, “desprogramación” que puede ser tomada como definición del deseo.<sup>34</sup>

Evidentemente, la cuestión es saber si todos los investigadores que adhieren a esta concepción de las raíces preñadas de los procesos narrativo-actanciales, si todos los partidarios de la teoría de las pregnancias antagonistas de René Thom han extraído de ahí —en el nivel descriptivo, esta vez— las mismas conclusiones “sémicas” y, si lo queremos, temáticas. ¿Cuál es el “verdadero contenido cognitivo”<sup>35</sup> de los mitos?, por ejemplo a los ojos de Lucien Scubla, excelente divulgador de la teoría thomiana. Su respuesta, avanzada en un artículo de título esclarecedor, “Vers une anthropologie morphogénétique”, es precisa: se trata de la violencia tal como la ha presentado René Girard:

Thom y Girard, lejos de ver en ella [la violencia] un dato exógeno e ininteligible, [la] inscriben en el corazón mismo de los procesos morfogenéticos, uno como la relación presa-predador, el otro como la relación sacrificador- víctima.<sup>36</sup>

<sup>33</sup> *Ibid.*, p. 375.

<sup>34</sup> *Actes V*, 1983, art. cit., p. 32.

<sup>35</sup> “Violence fondatrice et théorie des singularités”, *Le Débat*, 77, 1993, pp. 102-120, p. 109.

<sup>36</sup> *Ibid.*, p. 103.

Se advertirá al pasar, sin asombro, por supuesto, que estos “contenidos” son explícitamente rechazados por Claude Lévi-Strauss:

Nos llama la atención [la omnipresencia de la sexualidad y del cortejo de violencias que la acompañan] porque este aspecto tiene un gran lugar en nuestro propio sistema de valores y en nuestra vida social. Nótese, no obstante, que un mito no tratará jamás un problema relevante de la sexualidad en sí mismo y por sí mismo.<sup>37</sup>

Pero, ¿cómo es que René Thom ilustra por sí mismo la relación presa-depredador? No podemos más que constatar que estos valores remiten al imaginario durandiano y a su distinción fundadora entre el régimen diurno y el nocturno.<sup>38</sup> No olvidaremos los “semas profundos” de Jean Petitot, verdaderos “universales sustanciales”<sup>39</sup> —como vida/muerte, hombre/mujer.<sup>40</sup>

¿Por qué no tener en cuenta —esta es la sugerencia que hacemos aquí— como contenido preñado original la tensión naturaleza/indiferenciación → cultura/discretización? En esta hipótesis, las singularidades estructurantes serían los puntos de ruptura del sistema, figuras de transición de espacios semánticos investidos de valores: “naturaleza”, “no-naturaleza”, “cultura”, “no-cultura”. La morfogénesis actorial estaría constreñida por este espacio semántico así preestructurado.

<sup>37</sup> *De près et de loin*, 1988, *op. cit.*, p. 194.

<sup>38</sup> “Les racines biologiques du symbolique”, *Circé*, 8-9, 1978, pp. 40-51.

<sup>39</sup> 1992, *op. cit.*, p. 374.

<sup>40</sup> La dificultad es fijar unos límites en esta lista. ¿Por qué no “silencio/ruido”? ¿Sobre qué criterios definir la profundidad acordada a ciertos universales privilegiados y negada a otros?

#### 4. Cuarto borde. Estereotipos y fantasmas

Habida cuenta de lo que podríamos llamar su “carga pregnante”, ciertos relatos, universalmente recurrentes, tienen el privilegio de expresar las regulaciones del imaginario permitiéndole al hombre vivir y comprender. Estos micro-relatos, repetidos de cultura en cultura —los llamaremos “estereotipos antropológicos”— dan testimonio, en efecto, en su composición narrativa y semántica, de vestigios de pregnancies que emergen del cuerpo y de su control. Tales relatos intentan dominar sus despliegues, al lado de fantasmas y de las estructuras míticas, pero en un lugar muy particular.

En *Pensée mythique et narrations médiévales*,<sup>41</sup> presentamos, en detalle, el estereotipo comúnmente llamado “el corazón devorado” o, con mayor precisión, la “comida caníbal vengadora”, (globalmente, un amante es asesinado y castrado por su rival: un esposo que da, entonces, el corazón o el sexo de aquél a comer secretamente a su culpable esposa). Su cañamazo teje tres faltas anticulturales (transgresión sexual, crimen de sangre, ingestión de carne humana) cuyas raíces se sumergen en el imaginario fundador de la vida de los hombres. En otros términos, la composición figurativa y semántica (inversión de valores sexuales en valores alimentarios) sintetizan y enuncian tres transgresiones particularmente pregnantes, puesto que ellas niegan otro tanto de los fundamentos del orden cultural, sociológico, biológico e imaginario.

Estudemos aquí otro ejemplo, el estereotipo tradicionalmente llamado el “don obligado”, el cual se funda sobre una petición original: la solicitud de un don sin que sea definido el favor codiciado. La intimación del demandante no deja ninguna elección a su destinatario, ella es apremiante; transforma la aceptación en algo inevitable y sin condición: la aceptación es entonces, obli-

<sup>41</sup> Paris, Champion, Nouvelle Bibliothèque du Moyen Âge, 34, 1996.

gada. Dos interpretaciones, divergentes en su detalle, confirman, no obstante, la idea que nos interesa en estas líneas y según la cual estos estereotipos canalizan la difusión de “semas profundos” y pregnantes. Debemos el primer comentario a Georges Bataille. El autor de *La Part maudite*,<sup>42</sup> ha analizado, en detalle, la teoría del *potlatch* que, según él, sería el tema de nuestro estereotipo. Este rito tendría por idea directriz la atribución de las prestaciones totales bajo una forma agonística. Bataille muestra, en efecto, que contrariamente a una opinión difundida, el *potlatch* no proporciona al donador un “aumento de dones de revancha.” Lo que le aporta “es el rango que él confiere a aquél que tiene la última palabra.” (p. 117). A través de la noción de “rango”, se pone en evidencia la profunda similitud de caracteres de la etología animal y humana, así como de las pregnancies que emergen en el hombre. “La aptitud de un ser individual del don”, prosigue el autor, es relativa en el “factor animal”, es decir, en la capacidad de “vencer en un combate” (*Ibid.*). La oposición entre “rango” y “cosa” (intercambiada) conduce a insistir sobre el compromiso que todo hombre establece entre “la violencia del deseo”, por una parte, y “la aparente comedia”, por otra (p. 120) que intenta canalizarla económicamente o, bajo diversos disfraces, literarios particularmente, al confundir la adquisición de bienes, la pasión del “rango” y los valores de honor y de orgullo que están relacionados con el rango. Segunda interpretación (del *potlatch*): la tesis de Claude Lévi-Strauss en la materia. Inscrita en la de Mauss, forma parte de su concepción del “principio de reciprocidad”, mecanismo mayor del intercambio matrimonial. Como Georges Bataille, el autor de las *Estructuras elementales del parentesco*, ve en los dones de las sociedades primitivas otra cosa distinta a la cesión al “donador” de “dones de revancha”. Se trata menos de una práctica económica que de un “hecho social total”: “vale decir, dotado de una significación a la vez social y

<sup>42</sup> Paris, Minuit, 1967. [G. Bataille, *La parte maldita*, Barcelona, Icaria, 1987.].

religiosa, mágica y económica, utilitaria y sentimental, jurídica y moral.”<sup>43</sup> Pero la literatura da un giro particular a esta significación: el estereotipo del “don obligado” no solamente niega la diferencia entre “bienes” y “rango”, sino que permite imaginar literariamente una práctica en la que la adquisición de los valores puede hacerse a la inversa de las obligaciones de la reciprocidad: un anti-*potlatch* entonces. Todo puede demandarse sin que nada se entregue. Como lo indicaba “la comida caníbal vengadora”, el “don obligado” tendría la prerrogativa de expresar un comportamiento que no debe o no puede practicarse culturalmente, en este caso, una adquisición individual sin intercambio ni límites.

Este rápido examen acentúa la originalidad de los “estereotipos antropológicos”. Para precisarla más, alegaremos el paralelo establecido entre las secuencias narrativas (en general) y los signos del lenguaje. El rol primitivo de estos últimos habría consistido en canalizar en el hombre, las fuentes de pregnancias, en virtualizar, dice René Thom, las catástrofes bio-zoológicas al liberar al ser humano de la “fascinación de las cosas”.<sup>44</sup> La relación cae por su propio peso: a los lados de las operaciones del pensamiento mítico y de los fantasmas, de los que hablaremos en un instante, es necesario tomar en cuenta los estereotipos, en el sentido presentado en estos párrafos, de numerosos instrumentos narrativos que controlan la expresión de las funciones adaptativas del ser humano. Más precisamente, un “estereotipo antropológico” se presenta como un (micro)relato, una verdadera célula —en el sentido de unidad fundamental que constituye a los organismos y dotado de un poder de asimilación— “que cristaliza”, casi directamente, los vestigios de pregnancias que emergen del cuerpo y de su inscripción en el mundo. La teoría thomiana de la depredación señala el rumbo: del mismo modo

<sup>43</sup> Paris, Plon, 2e édition, 1973, p. 61. [C. Lévi-Strauss, *Las Estructuras elementales del parentesco*, Barcelona, Paidós, 1981, p. 91.]

<sup>44</sup> 1980, art. cit., p. 274.

que la superposición de una pregnancia sobre las figuras transforma a estas últimas en objetos significantes (para los sujetos), del mismo modo, el trasplante de un estereotipo en un relato receptor madura y lo transforma en fábula antropológicamente eficiente y que no lo sería sin él. Las “células” estereotipadas —“células” que se difunden, “privilegiadas y atrayentes”<sup>45</sup> — poseen la particularidad, si esta hipótesis es exacta, de evocar sin coerciones de base sus raíces bio-psíquicas (depredación, sexualidad, nutrición, acceso al rango, triunfo contra la muerte, identificación, etc.). Es así como las células controlan el surgimiento y la diseminación de las significaciones que las determinan. En términos de Sartre, citado por Gilbert Durand, estas entidades pueden ser consideradas como “presentificadores” de “gestos y de pulsiones inconscientes.”<sup>46</sup> La cercanía de los fantasmas<sup>47</sup> es sensible.

Esta entidad ofrece una perspectiva interesante para guiar la presente exploración, puesto que ocupa este dominio que Jean-Paul Valabrega califica de “antropo-analítico”,<sup>48</sup> y que, dice él, fue recorrido por los “más grandes analistas de la primera generación [...] G. Roheim, Th. Reik, O. Rank, H. Sachs, K. Abraham, S. Ferenczi, E. Jones, C. G. Jung, H. Silberer.”<sup>49</sup> El descubrimiento del fantasma fue determinante para el desarrollo del psicoanálisis. Unidad elemental sobre la cual se elaboraría la teoría freudiana, el fantasma originario soporta la estructura metapsicológica, la cual

<sup>45</sup> Thom, 1980, *op. cit.*, p. 269.

<sup>46</sup> *Les structures anthropologiques de l'imaginaire. Introduction à l'archétypologie générale*, Paris, Bordas, 1969, p. 61.

<sup>47</sup> Mucho más que “fantasma”. Ver la justificación ortográfica de J. -P. Valabrega, *Phantasme, mythe, corps et sens. Une théorie psychanalytique de la connaissance*, Paris, Payot, 1980, p. 16.

<sup>48</sup> *Ibid.*, pp. 10 sv. Leer del mismo autor, “Sens du corp”, *Topique*, 9-10, 1972, pp. 5-46.

<sup>49</sup> 1980, *op. cit.*, p. 11. Otra mina de estereotipos, *La peur des femmes ou Gynophobia* de W. Lederer. La obra hace desfilar secuencias alimentadas de significaciones antropológicas como los “dientes asesinos”, las “señoritas venenosas” y el “pecho congelado”. Trad. M. Manin, Paris, Payot, 1980.

es “el objeto psicoanalítico por excelencia” o “el objeto específico del psicoanálisis”.<sup>50</sup> Freud le escribe a Wilhelm Fliess en 1897, “todos los síntomas de angustia derivan de fantasmas.”<sup>51</sup> Jean Laplanche y Jean-Baptiste Pontalis interpretan esta carta de una manera que llama nuestra atención: Freud buscaba desde esa época destacar “guiones típicos y en número limitado”<sup>52</sup> de la multiplicidad de escenas fantasmáticas.

¿Qué rasgos comparten éstas con los “estereotipos antropológicos”? En primer lugar, una similitud de función. Pues los fantasmas —y no las pulsiones, como se dice a veces— compondrían en el sujeto los rasgos pregnantes arcaicos:

Quando Freud se pregunta si existe en el hombre cualquier cosa comparable a “el instinto de los animales”, no es en las pulsiones donde encuentra este equivalente, sino precisamente, en los fantasmas originarios.

Lejos de querer fundamentar el fantasma en las pulsiones, Freud haría más bien depender el juego pulsional de estructuras fantasmáticas antecesoras.<sup>53</sup>

Bajo la variedad de fabulaciones, el analista reencuentra temáticas, puestas en imágenes prototípicas que modelan la experiencia individual. Es en este sentido que, igualmente, debemos

<sup>50</sup> “Fantasme originaire, fantasme des origines, origine du fantasme”, *Les Temps Modernes*, 215, 1964, p. 1833-1868, pp. 1846-1847. En la abundante literatura dedicada a este tema, leeremos igualmente: “Les Fantasmes, Colloque de la Société psychanalytique de Paris”, *Revue Française de psychanalyse*, 2-3, 1971; *Psychanalyse et Langage. Du corps à la parole*, Paris, Dunod, Inconscient et Culture, 1977. (particularmente el artículo de Bernard Gibello, “Fantasme, langage, nature, trois ordres de réalité”, pp. 25-69).

<sup>51</sup> *La naissance de la psychanalyse, lettres à Wilhelm Fliess*, publicadas por M. Bonaparte, A. Freud, E. Kris. Traducido del alemán por A. Berman, Paris, PUF, 1956.

<sup>52</sup> *Vocabulaire de la psychanalyse*, Paris, PUF, 1967, p. 157. [J. Laplanche y J.-B. Pontalis, *Diccionario de psicoanálisis*, Barcelona, Paidós, 1996, p. 144.]

<sup>53</sup> Laplanche et Pontalis, 1964, *op. cit.*, p. 1861.

reconocer al fantasma, guión estructurado, un rol “estructurante *a priori*” como lo escriben Laplanche y Pontalis.<sup>54</sup>

La segunda afinidad proviene de los problemas metodológicos destacados por las dos entidades. Sus representaciones no pueden ser descritas y entendidas más que planteando la anterioridad de una organización significativa, previa a la puesta en discurso:

En la noción de fantasma originario vienen a reunirse lo que podemos llamar el deseo de Freud de encontrar la roca del acontecimiento [...] y la exigencia de fundar una estructura del fantasma sobre algo distinto al acontecimiento.<sup>55</sup>

Otra similitud, pero la descripción debería ser más fina en la composición figurativamente fijada (“estereotipada”) de las dos entidades. El estudio freudiano *Pegan a un niño* insiste en eso, los escenarios de escenas fantasmáticas se enuncian en frases fijas.<sup>56</sup> Las etapas del fantasma postulan la construcción de enunciados que presentifican en un orden preciso, los contenidos metapsicológicos, ya sea en el discurso del paciente o en el que reconstruye el analista. Esta puesta en forma frástica es la única vía de “representancia” (“representance”, en francés) —traducción propuesta por D. Guérineau para el alemán *Vertretung*<sup>57</sup>— del investimento libidinal del elemento reprimido.

Al contrario, diversos aspectos distinguen estereotipos y fantasmas. Esto último, abre un código muy específico, el del traumatismo psíquico. Gracias a éste, el análisis freudiano desea resolver un problema doloroso que le es propio, la etiolo-

<sup>54</sup> 1967, *op. cit.*, p. 159. [p. 145.].

<sup>55</sup> 1964, art. cit., p. 1850.

<sup>56</sup> “Un enfant est battu, contribution à la connaissance de la genèse des perversions sexuelles”. Traducido por D. Guérineau, *Névrose, Psychose et Perversion*, Paris, PUF, 1973, p. 219-243.

<sup>57</sup> *Ibid.*, p. 229.

gía de las neurosis. Ellas se enraízan en un cuerpo muy particular, el del psicoanálisis, fundamentalmente, el de la histérica. El descubrimiento de Breuer, en efecto, consiste precisamente en el poder patógeno de los fantasmas. El “auto-erotismo”, primer grado de esta construcción, pone en evidencia la liberación de los fantasmas de la sexualidad “que se aparta de todo objeto natural.”<sup>58</sup> Comparados con las secuencias estereotipadas, los fantasmas tienen, en consecuencia, una particularidad pregnante fuerte y distintiva, la de expresar y de regular los momentos esenciales de la individuación psicológica; estos son, si podemos decirlo, generadores de personalidad.<sup>59</sup> De donde existe una diferencia esencial en cuanto a los contenidos o los temas que expresan estas dos vías de “representancia” de los residuos pulsionales. A diferencia de los estereotipos, los fantasmas significan siempre el *déjà-là*,<sup>60</sup> los orígenes de la disociación de la conciencia individual:

En la “escena primitiva”, es el origen del sujeto el que se ve figurado; en los fantasmas de seducción, es el origen, el surgimiento de la sexualidad; en los fantasmas de castración, es el origen de la diferencia de los sexos.<sup>61</sup>

La tesis lacaniana del fantasma no hará más que acentuar la especificidad de esta noción. La relectura de *Pegan a un niño* permite a Lacan mostrar que Freud circunscribe ahí el momento en que el universo del lenguaje preexiste al sujeto, éste no puede existir más que al desaparecer bajo el significante que lo

<sup>58</sup> Laplanche et Pontalis, 1964, art. cit., p. 1866.

<sup>59</sup> “Dans le scénario construit, dans la recherche modulée des commencements se donne sur la scène du phantasme ce qui ‘origine’ le sujet lui-même.” *Ibid.*, p. 1855.

<sup>60</sup> Expresión francesa que significa “ya ahí”, en este caso implica una preexistencia [N. de la T.].

<sup>61</sup> *Ibid.*, p. 1854.

representa.<sup>62</sup> Es en estas condiciones que “el fantasma hace al placer propio para el deseo”.<sup>63</sup>

¿Qué concluir de este paralelo? La fuerte autonomía del código sexual privilegiado por Freud y sus discípulos impide proseguir demasiado lejos la analogía de las dos entidades consideradas. Laplanche y Pontalis, como feroces defensores de la originalidad de su campo de investigación desean, además, separarse de la “solución estructural”. Si no, ellos previenen:

el psicoanalista tendría conciencia de perder una dimensión fundamental de su experiencia: el sujeto está bien insertado en una estructura de intercambio, pero ésta le es transmitida por el inconsciente parental y es, entonces, menos asimilable en el sistema de una lengua que en la disposición singular de un discurso.<sup>64</sup>

En consecuencia, si las dos entidades comparten la misma vocación de “representancia”, su contenido y su misión las distinguen. Los fantasmas juegan, para la regulación de las pregnancias desplegadas en las ficciones de los sujetos erotizados, el papel que los estereotipos tienen en los relatos culturales que expresan las funciones adaptativas del hombre. En resumen, el estereotipo es para el imaginario de las culturas lo que el fantasma es a la expresión del psiquismo.

<sup>62</sup> Ver “Subversion du sujet et dialectique du désir”, *Ecrits II*, Paris, Seuil, 1971, p. 177, y el capítulo “On bat un enfant et la jeune homosexuelle”, *Le Séminaire*, livre IV, “La relation d’objet”, Paris, Seuil, 1994. [J. Lacan, “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo”, *Escritos 2*, México, Siglo XXI editores, 1998, pp. 773-807, y *Seminario 4*, “La Relación de Objeto”, Barcelona, Paidós, 1994.].

<sup>63</sup> “Kant avec Sade”, *Ecrits II*, 1971, *op. cit.*, pp. 119-148, p. 129. [J. Lacan, “Kant con Sade”, *Escritos 2*, 1998, *op. cit.*, pp. 744-770, p. 753.].

<sup>64</sup> 1964, art. cit., p. 1853.